

Históricas Digital

James Creelman

Díaz, jerarca de México

Felipe Arturo Ávila Espinosa (estudio introductorio)

Guadalupe Becerra Perusquía (traducción)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

436 p.

(Serie Documental, 30)

ISBN 978-607-02-4265-6

Formato: PDF

Publicado: 28 de abril de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/diazjerarca/djm.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, Ciudad de México

XVIII

TOMAN PRISIONERO A DÍAZ Y ESCAPA DE NUEVO

El mariscal Bazaine no sólo consideró necesario tomar personalmente el mando en contra de Díaz, a quien el emperador no pudo corromper ni persuadir, pero con más de 10 000 hombres escogidos, reunidos para posesionarse de Oaxaca, hizo que llevaran a hombros armas grandes destinadas al sitio para que éste fuera apabullante.

La lucha por la posesión de Oaxaca, que terminó con el encarcelamiento de Díaz, empezó el 18 de diciembre de 1864, cuando el coronel Félix Díaz, a la cabeza de los lanceros de Oaxaca, sostuvo una lucha sangrienta con la vanguardia de las columnas francesas unificadas de los generales d'Hurbal y Brincourt cerca de Etna, donde el mayor Basilio Garzo mató al conde de Loire. El coronel Díaz infligió grandes pérdidas a los franceses y los persiguió por tres leguas, pero al encontrarse con el cuerpo principal del enemigo, que abrió fuego con artillería, se vio forzado a retroceder.

Algunos días después de esto el general Díaz se enteró de que Bazaine iba en camino a Etna por el camino de la Mixteca, con una escolta de 500 zuavos, 300 de caballería y media batería de cañones. Le pareció que una brigada de caballería podría atacar a Bazaine antes de que se

uniera al núcleo de las fuerzas que amenazaban a Oaxaca y ordenó a determinado oficial que se desplazara con una brigada para ir al encuentro de Bazaine. El plan fue trazado con esmero y el coronel Félix Díaz, quien iba a participar en el ataque, cumplió con su deber con la valentía habitual; pero por algún motivo misterioso el oficial al mando de la caballería desapareció en la noche antes de que tuviera que ocurrir el ataque, llevándose consigo a la legión del norte y los lanceros de San Luis a la sierra de Tetela, en el estado de Puebla, y el desertor no regresó para reunirse con Díaz.

Esta deserción inexplicable alteró los planes de Díaz, ya que no pudo contar con la ayuda de la caballería fuera de la ciudad; el reducido grupo de jinetes bajo el mando de su hermano estaba demasiado débil para iniciar operaciones contra el enemigo. Había pensado en fortificar y defender la ciudad, empleando la caballería para mantener abierto un camino por el cual pudiera conseguir ayuda externa.

El general incluso consideró arriesgar todo en una lucha, en lugar de encerrarse en las fortificaciones de Oaxaca. Si era derrotado, podía retroceder a las montañas, dejando al enemigo únicamente la artillería pesada. Pero apenas disponía de 2800 hombres con quienes hacer frente al ejército ambulante de Bazaine compuesto por 10000 elementos.

El tiempo volaba y los franceses se aproximaban. Uno de los generales de Díaz conocía su idea de dar una batalla abierta y de alguna manera esto se supo entre los subordinados. El resultado fue la confusión. Los funcionarios aconsejaron la defensa de la ciudad. La intención de Díaz era sorprender a sus propios soldados ordenándoles una formación de batalla frente al enemigo, y en una arremetida audaz adentrarlos apresuradamente en el conflicto sin darles tiempo de reflexionar. Pero el plan se estropeó porque el importante oficial a quien se lo revelaron no guardó el secreto.

Después de esto —dice el presidente Díaz— no me quedó más recurso que aceptar el sitio, dada la cercanía del enemigo. En ese momento pude haber abandonado la ciudad e iniciado la retirada por las montañas, pero esto habría sido una aventura demasiado peligrosa,

porque no se había alistado el transporte debido a mis anteriores disposiciones, en las cuales contaba con la ayuda externa; ahora con el enemigo a la vista no era momento de improvisar planes.

Nunca me imaginé que el resultado del sitio fuera una victoria, pero sí creí que la defensa sería larga y que haría mucho perjuicio a los franceses. Estaba seguro que la plaza no podía ser tomada por asalto, si a la guarnición le hubiera durado el vigor que tenía al comenzar el sitio, vigor que decreció desde que se supo la defección de nuestra caballería. Esta deserción frente al enemigo desalentó enormemente el espíritu de los soldados.

Durante un mes y medio terrible, Díaz soportó el sitio francés. Poco a poco Bazaine estableció su línea de contravalación alrededor de la ciudad. Sus tropas se fortalecieron con los refuerzos, mientras que la guarnición de Oaxaca se debilitó más debido a las muertes y deserciones. Con la pérdida de su caballería, las numerosas bandas de montañeses de las guardias nacionales, que ya no tenían protección al unírsele, estaban escondidos o se habían dispersado. Se sabía que las tropas republicanas situadas en Tehuantepec, de las cuales había dependido para recibir ayuda, estaban perdiendo apoyo. Los soldados de Díaz luchaban sin esperanza en contra de un contingente que los superaba cuatro veces en número. Una y otra vez atacó a los franceses para demorar las operaciones de éstos. El bombardeo de la población era aterrador y casi continuo. Bazaine utilizaba morteros de cuatro pulgadas además de otra artillería pesada. Los alimentos escaseaban en Oaxaca; los traidores estaban activos entre los soldados. Un día, mientras los franceses atacaban, el mayor Adrián Valadez le gritó a sus hombres que salvaran el foso y se pasaran al enemigo. De este modo Díaz perdió un oficial y cien hombres. Los coroneles Toledo y Corella encontraron gran dificultad ese día al tratar con sus soldados desmoralizados. Poco después el teniente coronel Modesto Martínez desertó, pero lo mató un centinela francés quien lo confundió con un espía.

El 8 de febrero de 1865, la situación en Oaxaca era terrible. En la guarnición se habían agotado los víveres y las municiones. Durante mu-

chos días la población de la ciudad había suplicado que le dieran comida y sus quejas constantes deprimieron más a los soldados.

Díaz recorría su ciudad natal, alentando, ordenando y haciendo su máximo esfuerzo para refrenar el espíritu general de desesperación. Había hecho todo lo que estaba en sus manos. Hizo fundir las campanas de las iglesias para fabricar balas de cañón. Incluso colocó un obús en una torre del convento de San Francisco y había permanecido allí hasta que los miembros de su estado mayor lo sacaron. Pero al final sus oficiales declararon que era imposible que una guarnición tan pequeña y desmoralizada resistiera un asalto de las tropas fuertes y bien armadas de Bazaine.

En este estado de completa desmoralización ya la defensa no era posible —afirma el presidente Díaz—. No podía sacrificar a mis hombres inútilmente. No quedaban reservas de ninguna especie. No me quedaban ni 1 000 hombres disponibles. No podríamos responder al fuego enemigo en el ataque decisivo que sabía era inminente. Por lo tanto, decidí rendir la plaza.

Guardando la plaza, se produjo un cañoneo y bombardeo, que preludiaban un asalto simultáneo a nuestros puestos más remotos y fortificaciones. Monté en mi caballo y salí en la noche a manifestar al general Bazaine en su cuartel general de Montoya que era innecesario el asalto que preparaba.

Haciendo a un lado todas las precauciones habituales, fue directamente a ver a Bazaine, sin siquiera enviar por anticipado a un ayudante que lo anunciara. Su temor era que el anhelo de gloria del mariscal de campo pudiera llevarlo a tomar por asalto la ciudad ahora indefensa en vez de aceptar una rendición incruenta. Consideró que al ir de inmediato al cuartel general francés podría evitar la matanza innecesaria.

Cuando Díaz salió de sus líneas fortificadas a las diez de la noche, acompañado por los coroneles Apolonio Angulo y José Ignacio Echegaray —pues estaba decidido a tener testigos de su entrevista con el inescrupuloso general francés— avanzó rápidamente hacia Montoya. En la oscuridad, les marcaron el alto en el puesto de avanzada y un centinela

francés disparó, pero Díaz gritó que no iban armados, con lo cual los condujeron al cuartel general de Bazaine en Montoya.

El mariscal de campo no se puso de pie cuando Díaz entró a la habitación, sino que se sentó a una mesa cubierta de papeles, mostrando una mirada severa en su rostro apesadumbrado y arrogante. Sin dudarlo un momento, el líder mexicano avanzó a paso largo y saludó. Bazaine le devolvió el saludo con frialdad. Díaz miró fijamente a los ojos al conquistador y con mucha dignidad declaró que había venido a impedir que hubiera un baño de sangre innecesario. Aunque había penetrado las líneas francesas sin una bandera blanca y sin garantía de su seguridad personal, no hubo la más mínima señal de que se sintiera abochornado. Los dos oficiales que lo atendieron declararon que su comportamiento fue sereno en presencia de Bazaine.

Al manifestar al general Bazaine que la plaza no podía defenderse ya y que estaba a su disposición —cuenta el presidente Díaz— pareció creer que ello equivaldría a una sumisión al Imperio, me dijo en respuesta, que se alegraba mucho de que volviera yo de mi extravío, que él calificó de ser muy grande, pues dijo que era criminal tomar uno las armas contra su soberano. Contesté que consideraba de mi deber explicarle que yo ni me adhería ni reconocía el Imperio; que le era tan hostil como lo había sido detrás de mis cañones, pero que la resistencia era imposible y el sacrificio estéril, porque ya no tenía hombres ni armas. Imprimiendo súbitamente a su semblante los rasgos de desagrado, me reprochó que hubiera yo roto la protesta que aseguraba había firmado en Puebla, de no volver a tomar las armas contra la intervención.

Yo negué haber firmado tal documento. El general Bazaine ordenó en el acto a su secretario, el coronel Napoleón Boyer, que estaba presente, que trajera el libro en que se encontraban las protestas suscritas en Puebla. Buscó Boyer mi nombre y empezó a leer en alta voz; y como yo no sólo no había protestado cuando se me presentó el libro en Puebla, sino que manifesté en respuesta que no podía suscribir la protesta porque tenía sagradas obligaciones

para con mi país, y estaba dispuesto a cumplirlas siempre que me encontrara en aptitud de hacerlo.

Cuando el secretario llegó a mi manifestación, suspendió su lectura y pasó el libro al general Bazaine, quien lo tomó, lo leyó y lo cerró, sin decirme una palabra más sobre este incidente.

En sus memorias privadas el futuro presidente de México describe cómo entregó su ciudad natal a los invasores y añade: “Podrán imaginar mi estado de ánimo al realizar esa acción en mi vida.”

Los franceses tomaron de inmediato precauciones extraordinarias para evitar que escapara un prisionero cuyo poder para mantener la independencia mexicana había quedado de manifiesto en forma tan impresionante. De camino a Puebla como prisionero de guerra, Díaz estaba literalmente rodeado por todos lados por zuavos y soldados de caballería mexicanos traidores, que estaban preparados para asesinarlo al primer indicio de que intentaba escapar. Aunque tenía el alma en los pies al pensar que había entregado a los invasores extranjeros la ciudad donde nació, su rostro se veía sereno. Aun entonces, un prisionero desarmado, rodeado por rostros hostiles y el acero brillante y frío, e ignorante de que su destino inmediato podría estar en manos de hombres que en todas partes habían dado muerte a sangre fría a sus compatriotas, soñaba en la hora en que pudiera salir de nuevo al campo abierto y congregarse a los patriotas oprimidos y dispersos de México para ir al rescate de su república.

Fue un viaje largo y agitado y conforme la brillante cabalgata de tropas francesas y renegados mexicanos pasaban por los verdes valles y las montañas rocosas agrestes, los peones aterrados permanecieron en sus pueblos y observaban silenciosos al héroe de Oaxaca, la esperanza de la república, que cabalgaba con rostro valiente en medio de sus enemigos rumbo a la conquistada Puebla.

Cuando Díaz y sus oficiales llegaron a Puebla los entregaron para su custodia a las fuerzas austriacas, quienes los colocaron en tres prisiones distintas, confinando a los generales, coroneles y tenientes coroneles al fuerte de Loreto, fuera de la ciudad. Allí se juntaron con otros prisione-

ros republicanos, entre quienes estaban los generales Santiago Tapia y Francisco O. Arce. En ese lugar los mantuvieron varias semanas.

El presidente Díaz dice que mientras él y sus compañeros estuvieron encarcelados en el fuerte de Loreto, los representantes de Maximiliano los reprendieron por su obstinación y les pidieron que dieran su palabra de no tomar las armas contra la intervención ni el imperio. Aunque la mayoría de los oficiales mexicanos cedieron a la presión, Díaz se negó a suscribir la promesa solemne o poner en peligro su derecho a luchar por su país. Entre quienes se mantuvieron con Díaz en esta negativa estuvieron el general Tapia, el coronel Sánchez y el capitán Ramón Reguera. La respuesta de Sánchez a la propuesta fue tan ofensiva que lo llevaron a una celda oscura. Los franceses incluso amenazaron con fusilar a algunos de ellos en un esfuerzo por arrancarles la promesa de no volver a usar sus espadas en la causa de la independencia mexicana.

Después de tres meses en el fuerte, trasladaron a los oficiales encarcelados para encerrarlos en el sólido convento de Santa Catarina. Fingiendo tener un altercado con sus compañeros de celda, Benítez y Ballesteros, Díaz consiguió que lo pusieran solo en una celda.

Ni por un instante el héroe renunció a la idea de escapar y reanudar la lucha por la independencia. Durante todos los meses en el fuerte de Loreto día y noche concentró su mente en el esfuerzo por concebir un plan con el cual pudiera volver a enfrentarse a invasores y traidores con la espada en la mano.

Ahora que estaba solo, inmediatamente comenzó a trabajar para liberarse. Su celda se localizaba sobre una capilla en la cual había vivido una piadosa monja. En esta capilla había un pozo del que decían contenía agua milagrosa. Con los implementos que pudo conseguir, el general hizo una perforación en el cemento sólido del piso debajo de su cama, donde no lo notarían, y luego empezó a hacer un túnel horizontal a través de un muro resistente que daba a la calle. Se las arregló para ocultar el material excavado en el pozo. Fue un trabajo lento, desagradable, pero al menos mantenía viva la esperanza. De vez en cuando los guardias austriacos veían que el prisionero estaba arrodillado en el piso de su celda con su uniforme gris y kepi, el uniforme mexicano de

campaña, pero prestaron poca atención a sus movimientos en un lugar que en apariencia era tan seguro.

Noche tras noche, durante cinco meses fatigosos, Díaz trabajó duro del anochecer al amanecer, rascando, cavando, agujerando, perforando el muro pulgada a pulgada. No únicamente a la cabeza de las tropas atacantes sabía cómo servir a México. Podría erosionar por meses en la oscuridad, por el cemento, la tierra y la piedra, con una paciencia que nunca se dejaba vencer por la desesperación.

Nadie entendía mejor que él la inmensidad del problema que parecía depender de su trabajo angustioso. Mientras estaba en Oaxaca había recibido una comunicación del gobierno de Juárez —que habían pasado de contrabando de Chihuahua a los Estados Unidos a través de las líneas confederadas y permanecía en Washington— que el incansable embajador mexicano, don Matías Romero, había mandado a Oaxaca, una distancia total quizá de 4000 millas. En las calurosas noches de verano, cuando las manos y brazos le dolían por la fatiga, el prisionero supo que Juárez, casi sin recursos o tropas, se había visto obligado a huir con su gobierno a Paso del Norte, en la frontera con los Estados Unidos.

La capacidad combativa del sur de México debía ser reavivada y organizada. El pueblo lucharía a muerte contra Napoleón, como lo hiciera contra España, siempre que pudiera encontrar a un general capaz de dirigirlo. Ese pensamiento fue el que armó de valor a Díaz mientras escarbaba de noche hacia el muro exterior y la libertad, con las manos inflamadas y doloridas.

Después de cinco meses de perforar en secreto, los oficiales mexicanos fueron sacados repentinamente del convento de Santa Catarina y encarcelados en el convento de la Compañía. Fue un golpe cruel para Díaz, sin embargo, no dio indicios de desilusión o desesperación, sino que empezó con alegría a planear de nuevo un escape. Este valor indomable a pesar de la adversidad es uno de los secretos de su extraordinario liderazgo. No es un mero fatalismo, sino ese optimismo noble e inteligente lo que despertó a Robert Bruce de la desesperación cuando aprendió la lección de la perseverancia de una paciente araña en la isla de Rathlin.

También hubo inspiración en las noticias procedentes de los Estados Unidos. Con la rendición de Lee en Appomatox, el 9 de abril, la monstruosa Guerra Civil, en la que directa e indirectamente se sacrificaron 1 000 000 de vidas y tal vez \$10 000 000 000, había llegado a su fin y en seis semanas las poderosas fuerzas de Grant y Sherman fueron enviadas a casa. Hubo otro hecho formidable en la situación, aunque ni Díaz ni Juárez lo sabían. El 3 de febrero, sólo unas cuantas semanas antes de la rendición de Lee, Jefferson Davis, a través de comisionados confederados, había propuesto al presidente Lincoln que, haciendo a un lado sus diferencias por un tiempo, el norte y el sur unieran sus ejércitos para expulsar de México a los invasores de Napoleón y aplicar la Doctrina Monroe.

Díaz gozaba de más libertad en el convento de la Compañía. El general austriaco, conde de Thun, estaba con las tropas en las montañas cerca de Puebla y había dejado a un teniente, el barón Juan Csismadia, al mando de la ciudad. Este teniente permitía a Díaz que anduviera libremente por el convento, lo invitaba a almorzar e incluso lo llevó a una corrida de toros. Pero el líder mexicano, temiendo que se sospechara que sentía simpatía por la causa imperialista, declinó aprovecharse más de la cortesía caballerosa de Csismadia.

Cuando el conde de Thun regresó a Puebla, fue a la prisión del convento y llevo a Díaz al salón de la corte marcial. Luego le ordenó con brusquedad que firmara una carta, previamente escrita por él, donde Díaz le daba instrucciones al general republicano Juan Francisco Lucas, en el sentido de que los traidores mexicanos a los cuales mantenían prisioneros las fuerzas republicanas no deberían ser ejecutados por su traición, ya que el gobierno imperial deseaba canjearlos por prisioneros republicanos, entre ellos, quizá el propio Díaz. Éste se negó a firmar la carta, argumentando que aun si quisiera hacerlo, él, en su calidad de prisionero, no podía dar órdenes ni alguien estaba obligado a obedecerlas.

El conde de Thun en respuesta me reprochó —dice el presidente Díaz— que era raro que no quisiera yo firmar la carta, cuando yo mismo había firmado en la prisión, y remitido al general Luis Pérez Figueroa, su despacho de general, lo cual era cierto y no lo negué.

Me dijo entonces que nunca se había figurado que después de siete meses de prisión estuviera yo tan insolente, y que el barón de Csismadia, al darme tanta libertad, pudo haber causado un grave perjuicio al gobierno imperial si yo me hubiera evadido aprovechándome de sus favores.

Contesté que mejor que él conocía el barón el carácter de los oficiales mexicanos, pues que él nunca los había tenido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores que aceptaban el servicio de Maximiliano. También le dije que las garantías que el barón de Csismadia había tomado para mi seguridad eran inquebrantables entre hombres de honor.

En ese mismo día entró el conde de Thun a la prisión y ordenó la clausura de nuestras ventanas, clavándolas y dejando las celdas sin luz. Nuestro confinamiento fue más riguroso. Aumentó la guardia de día y de noche y los centinelas recibieron la orden de entrar cada hora a las celdas de los prisioneros.

Esta dura persecución personal por parte del conde de Thun hizo que aumentara la ansiedad de Díaz para escapar sin demora.

Mientras tanto Maximiliano había visitado Puebla e hizo otro intento de llegar a un acuerdo en cuanto al respaldo de su heroico prisionero. El joven emperador se había peleado con el papa y ahora, con un erario que se agotaba rápido, los conspiradores de París lo presionaban para que pagara las falsas reclamaciones francesas, incluyendo los bonos de Jecker de triste memoria, en los cuales tenía un interés personal el hermano bastardo de Napoleón. El costo de mantener a las tropas extranjeras en México aumentaba muchísimo. El presupuesto anual del imperio mexicano había alcanzado la enorme cantidad de \$205 000 000. Se hacían los preparativos para colocar un nuevo préstamo mexicano de \$50 000 000 en París, aunque los bonos emitidos el año anterior se vendían a doce centavos y medio de dólar. Maximiliano había considerado en febrero la posibilidad de abdicar y en junio había escrito confidencialmente: "Guajuato y Guadalajara están amenazadas. El enemigo rodea la ciudad de Morelia. Acapulco está perdido y por su excelente posición siempre

constituye un camino abierto para alimentar la guerra y suministrar armas y hombres al enemigo.”

El general al mando un día pidió que trajeran a Díaz y, cuando el prisionero apareció en su viejo uniforme gris, le dijeron que el emperador quería tener una charla personal con él y visitaría a los prisioneros, ocasión en la cual le haría una visita especial. “Si Maximiliano viene a verme —respondió Díaz con dureza— debe recordar que me negaré a reconocerlo como emperador y me dirigiré a él sólo como ‘señor Archiduque.’”

Enseguida le informaron que tal vez fuera secretamente en un carruaje a ver a Maximiliano. Esto enfureció al soldado. “Digan a Maximiliano —contestó, con las fosas nasales dilatadas y la mirada vehemente— que si desea que vaya, me deben llevar como prisionero entre hombres armados.”

No fue un mero deseo de libertad personal lo que inspiró a Díaz a escapar del convento de gruesos muros donde estaba encerrado. Había logrado comunicarse con amigos de confianza y sabía que había llegado la hora para actuar en el campo de batalla. La ansiedad con que el usurpador imperial buscaba conseguir su apoyo, renovando sus esfuerzos frente a las repetidas afrentas, le demostró la importancia que su liderazgo tenía a los ojos del enemigo. Consciente de que era vital evitar todo motivo de conflicto con otros generales mexicanos, mucho antes de intentar abandonar su prisión, tuvo cuidado de enviar a su amigo y exsecretario, Justo Benítez, a Washington para que se comunicara a través del embajador mexicano, don Matías Romero, con el presidente Juárez en el lejano Paso del Norte. Explicó la forma en que se había visto obligado a entregar la ciudad de Oaxaca a Bazaine, anunció que estaba listo para escapar y volver al campo de batalla, pidió autorización para volver a tomar el mando del ejército de oriente e instó al gobierno republicano a enviarle 5 000 rifles con municiones, junto con algo de dinero para mantener a sus soldados. Propuso ir de nuevo a Oaxaca y pidió que le enviaran más armas después de ese suceso.

El escape lo planearon para la noche del 15 de septiembre de 1865, que era el cumpleaños número 35 de Díaz, pero cuando se percató de

que también era la noche anterior al aniversario de la Independencia de México y las calles de la ciudad tendrían la iluminación para la festividad, cambió la fecha al 20 de septiembre.

Para esa fecha, el prisionero había conseguido un caballo y equipo que compraron en secreto para él, y éstos, con guía y criado, estaban listos en una casa particular. Dos de sus confidentes en la prisión, el coronel Guillermo Palomino y el mayor Juan de la Luz Enríquez, persuadieron a los demás oficiales para jugar naipes la noche prevista para la fuga, a fin de distraer su atención y que no se fijaran en los movimientos de Díaz.

Esta emocionante aventura, que fue un momento decisivo en la historia moderna de México, el presidente Díaz la relata con fascinante sencillez en sus memorias:

En la tarde del 20 de septiembre de 1865, había yo añadido y envuelto en forma de esfera tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi equipaje [las reatas se las hicieron llegar ocultas entre su ropa], y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma para defenderme de cualquier agresión. Luego que pasó el toque de silencio, me fui a un salón destechado que daba a un patio interior del convento. Era un lugar donde la entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas. Era una noche oscura, pero brillaba la luz de las estrellas.

Llevaba conmigo las tres reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no había nadie cerca, las arrojé a la azotea, y con la otra reata que me quedaba lacé un canal de piedra, y la aseguré; hice esto con muchas dificultades, porque no podía distinguir la canal.

Después de cerciorarme de la resistencia de la lazada subí por la cuerda a la azotea. Quité en seguida esta cuerda y recogí las tres que había tirado de antemano. Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto señalado para mi descenso, era muy peligrosa. Enfrente de mí estaba la azotea de una iglesia, tan alta

que dominaba todo el convento. Allí había un destacamento y un centinela que tenían por objeto cuidar la prisión del convento.

Antes de avanzar mucho, llegué a una parte de la azotea que era muy sinuosa, porque cada una de las celdas tenía una bóveda semiesférica, lo mismo que los corredores comprendidos entre cada arco. Deslizándome entre esas medias esferas y acostado en el suelo, caminaba hacia el pie de los centinelas, puesto que tenía que buscar el ángulo del patio antes de cambiar de dirección. Era necesario que recorriera dos lados del patio. Tenía muy a menudo que suspender mi marcha y explorar con el tacto el terreno por donde tenía que pasar, porque había sobre las azoteas muchos pequeños pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos, y porque eran muy frecuentes los relámpagos que iluminaban el cielo y amenazaban con revelar mi posición.

Llegué por fin a tocar el muro del templo, y como allí no podía verme sino inclinándose mucho, seguí de pie y vine a asomarme a una ventana muy elevada que daba a la guardia de prevención, con objeto de ver si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era muy inclinado y muy resbaladizo por las lluvias frecuentes, y sin poderlo remediar me resbalaba hacia los cristales que eran poco resistentes, y me vi en peligro de rodar al precipicio.

Para llegar a la esquina de la calle de San Roque, por donde me había yo propuesto descender, era necesario pasar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes ante la corte marcial a los presos políticos que, en un esfuerzo por escapar, habían hecho una horadación que fue a dar a esa casa. A consecuencia de su denuncia fueron fusilados al día siguiente.

Bajé a la azotehuela de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera a su pieza, y a poco salió con una vela encendida y se acercó al lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera y esperé a que regresara. Volvió a la casa después de unos minutos,

que me parecieron muy largos dadas las circunstancias. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y dormido, volví a ascender a la azotea del convento, por el lado del lote opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por la azotea a la esquina de San Roque.

En la esquina hay una estatua de piedra de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo; pero tendría probablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera, y para mayor seguridad no fijé la cuerda en él, sino en la piedra que le servía de pedestal y que era a la vez la angular del edificio y que al parecer era lo bastante fuerte para soportar mi peso.

Me pareció que si descendía yo de esa esquina para la calle, podía ser visto por algún transeúnte en el acto de descolgarme por la cuerda. Por ese motivo me propuse bajarme a un lote que tenía como ventaja una sombra considerable, sin saber que al pie del edificio había un chiquero.

Al comenzar a descender, el roce que sufría yo por la espalda con la pared del edificio, ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón se saliera, cayendo sobre los cochinos. Los animales hicieron mucho ruido de modo que me hubieran descubierto de inmediato si alguien se hubiera apresurado a ver qué sucedía. Al descender me oculté y dejé pasar un rato para que los cerdos se aquietaran. Después subí a la cerca del lote que daba a la calle y tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba un gendarme recorriendo la calle y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se retiró descendí para la calle.

Sudoroso, agitado y fatigado, seguí violentamente mi marcha para la casa donde tenía mis caballos, mi criado y un guía, y pude llegar a ella ya sin dificultad. Cuando estuve a salvo, todos cargamos nuestras pistolas, montamos y salimos por la garita de Teotimehuacán, evadiendo a una patrulla de caballería. Estaba yo casi seguro de que sería detenido en la garita por los empleados, y me proponía forzar el paso, pero afortunadamente no fue esto así,

pues la puerta estaba abierta. Salimos al trote y cuando ya estábamos fuera de la ciudad, hicimos nuestra marcha a galope.

El coronel García debía esperarme con su guerrilla en el paso de Santa María del Río, situado ya en los confines del estado de Guerrero, pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado sino hasta el 20, ya García no me esperaba.

Entre las ocho y las nueve de la mañana del 21 de septiembre, llegamos al paso del río Mixteco sin ningún incidente notable. Sabía que las fuerzas imperialistas del coronel Flon no estaban lejos de allí, por eso no abandoné mi caballo ni mis armas; mientras mi criado y mi guía cruzaron el río en una balsa con sus monturas, los hombres encargados del equipaje pasaron sus caballos en pelo, yo tomé la brida de mi caballo y pasé a nado montado en él, sosteniendo la crin con una mano y nadando con la otra. Esperé en la otra orilla hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

Los fugitivos galoparon unas cuantas millas y llegaron al pueblo de Coayuca, donde Díaz esperaba encontrar algunos hombres de la guerrilla del coronel García. Allí lo reconoció el alcalde, quien le ofreció sus servicios. Siguió su marcha, pero al oír el silbido de las balas, él y sus compañeros se dirigieron a una colina y desde ella presenciaron un combate en el pueblo. El escuadrón de Flon había atacado de improviso con la esperanza de sorprender a los guerrilleros de García, quienes habían concurrido a la fiesta. Díaz siguió camino hasta el rancho de García, que distaba unas quince ó veinte millas.

El conde de Thun se quedó atónito cuando supo que Díaz había vuelto a escapar de Puebla. Su enojo se convirtió en furia al enterarse de que el héroe mexicano, con su característica frialdad y previsión le había escrito una carta y la había depositado junto a la estatua de piedra de San Vicente Ferrer en la azotea del convento de donde escapó a la libertad con tal atrevimiento. El general austriaco, dándose cuenta del peligro que implicaba el escape de Díaz, ofreció una recompensa de \$1 000 por su captura, vivo o muerto.

UNAM IHH

Junto a la carta para el conde de Thun, Díaz dejó también una carta dirigida al mayor Richard Kerschel, uno de los oficiales del conde y otra para el barón Csismadia. Al mayor Kerschel le escribió: “Yo no me he podido resolver a sufrir prisión por tiempo indefinido; busco indistintamente la libertad o la muerte. En mi situación actual y la de mi patria me es igual.”

La carta para el conde de Thun, redactada en tales circunstancias exasperantes, revela algo del refinamiento y la sutileza del carácter de Díaz que lo indujeron, en ese momento de desesperación, a desear dejar un buen nombre aun entre los enemigos de su país. La redactó seis días antes de huir:

PUEBLA, 14 de septiembre de 1865

Muy señor mío:

El teniente Csismadia, que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme, dándome toda la franqueza que le fue posible, sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca habría comprometido.

Con el señor Csismadia sólo tenía la obligación, que tácitamente me impuse, de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada a mi favor; nada contraje expresamente al aceptar su gracia, que tampoco solicité, y sin embargo nunca he estado más afianzado en mi prisión que durante el goce de aquélla.

Pero usted, que no conoce a los mexicanos sino por apasionados informes, que cree que entre ellos no hay más que hombres sin honor y sin corazón, y que para conservarlos no hay otros medios que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad, sustituyendo con estos ineficaces lazos los muy pesados con que Csismadia me había reducido a la más completa inacción.

En Papantla y Tuxtepec tengo prisioneros del cuerpo que usted dignamente manda, y a quienes se da el mejor trato posible.

Si usted quiere que arreglemos un canje por otros de los míos, mande usted a Papantla un comisionado con sus poderes al efecto, y yo le ofrezco que quedará contento del éxito.

S.S.Q.S.M.B. [su servidor que su mano besa]

PORFIRIO DÍAZ

Señor general conde de Thun

Presente

En la misma noche que el héroe fugitivo llegó al rancho de García, los oficiales de diez municipalidades vecinas fueron en privado a saludarlo. El terror que mantenían los invasores los obligaron a comportarse en apariencia sumisos con el imperio, pero en su fuero interno simpatizaban con la causa de la independencia y estaban ansiosos de servirla; al ver a su gran líder, en su viejo uniforme mexicano gris, mostrando aún en el rostro la palidez causada por la prisión, pero con el brillo del espíritu combativo en los ojos, casi lloraron de la emoción.

Esa noche enviaron a las montañas las felices nuevas de que Díaz estaba otra vez en el campo de batalla.